

¿Qué aportan la epistemología y la metodología a la economía?

RICARDO F. CRESPO*

Revista Cultura Económica

Año XXXV • N°94

Diciembre 2017: 7-20

Resumen: En este artículo se destacan dos aportes de la epistemología y la metodología a la economía y la formación de los economistas. Por una parte, la necesidad de considerar una racionalidad más amplia que la racionalidad instrumental para el análisis de los fenómenos económicos. Y por otra, se plantean las consecuencias de la infra-determinación de las teorías para la economía positiva.

Palabras clave: epistemología; metodología científica; racionalidad

Abstract: *This article aims to highlight Epistemology and Methodology's contributions to the economy and the formation of economists. This includes, on the one hand, the need to consider a broader rationality beyond instrumental rationality for the analysis of economic phenomena, and on the other hand, the consequences of this reductionism for the positive economy.*

Keywords: *epistemology; scientific methodology; rationality.*

Tuve mi primera charla con Miguel Alfonso Martínez Echevarría por motivos académicos un día del mes de mayo de 1992 en su despacho de la Universidad de Navarra, en Pamplona. Le había adelantado que iba con la inquietud de definir un tema de tesis doctoral en Filosofía sobre filosofía de la economía. Miguel Alfonso me atraía por su visión profunda de lo económico y esperaba una orientación para concretar un viejo anhelo: penetrar en la naturaleza y en los alcances de la economía. Su primera idea fue trabajar sobre el pensamiento económico de Philip Wicksteed. El problema fue que al ir a la biblioteca a buscar sus escritos me encontré con que, más allá del *The*

* Universidad Austral – rcrespo@iae.edu.ar

Common Sense of Political Economy, éstos eran bien escasos. Entonces, decidimos que trabajaría sobre el *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica* de Lionel Robbins. Varios años después, cuando definía de qué ocuparme en mi tesis doctoral en economía, también Miguel Alfonso me ayudó a definirlo, de modo que ha tenido una impronta muy grande en mi formación en algo tan relevante como la elección de los temas de dos tesis doctorales. Hemos tenido largas charlas en Pamplona, Buenos Aires y Mendoza, donde me ha transmitido infinidad de ideas sugerentes y consejos para mi vida académica que han resultado bien sabios.

En este breve texto me propongo contestar a la pregunta del título, que tiene una relación muy grande con lo que me ha transmitido Miguel Alfonso: la preocupación por determinar cómo aporta la filosofía a la economía. Aquí me refiero al aspecto epistemológico que, como se verá, tiene anejo un contenido ético y metodológico. La respuesta no puede ser más que parcial en una materia que da para varios libros.

La metodología de la ciencia es una parte central de la epistemología, la relacionada con el método o camino a seguir. “Los que quieren investigar con éxito han de comenzar por plantear bien las dificultades”, decía Aristóteles (*Metafísica*, III, 1, 995a 27-9). De esto se trata, de plantear las dificultades adecuadamente, de hacer las preguntas correctas. Esto depende a su vez de acertar con el encuadre epistemológico apropiado al objeto de estudio. No se puede poner un clavo con un destornillador ni destornillar con un cuchillo. El objeto de estudio o el fin de una actividad nos señalan cuáles son los medios convenientes para conocerlo o para lograrlo. Esta es la tarea de la epistemología: determinar, dada la naturaleza del objeto, qué tipo de ciencia y métodos se requieren para alcanzar su conocimiento.

Pero en el fragor del trabajo científico, a veces el método cobra vuelo propio y se desconecta del objeto. Algo así señala Oskar Morgenstern: “a causa de la libertad con la que se mueve la mente, sucede frecuentemente que se pierde la relación con la realidad” (1972: 1164). Por eso parece importante tener en cuenta el consejo de

Hayek: “De tiempo en tiempo es necesario apartarse de las tecnicidades de los argumentos y preguntarse ingenuamente de qué se trata todo esto” (1948: 54). Probablemente todos hayamos sentido esta necesidad alguna vez. De esto trata la filosofía y más puntualmente la epistemología: este, a mi juicio, es su mayor mérito. Si bien siempre ha habido reflexiones como las sugeridas por Hayek, últimamente han sido más numerosas. Muchas veces, como es lógico, provienen de mentes críticas. Si no fueran críticas no cuestionarían, pero no por ser críticas son desechables. De hecho, las persistentes crisis no hacen más que darles la razón. La crítica racional nos lleva a profundizar y crecer en solidez. A comienzos de los '70, W. Leontief (1971), entre otros, por ejemplo, criticó el carácter demasiado teórico de la economía: ésta reaccionó y hoy la mayor parte de los trabajos tienen un importante contenido empírico. Puede observarse muchas veces que cuando los economistas ya han cumplido una cierta trayectoria académica se replantean qué han estado haciendo y a veces son críticos hacia su ciencia en uno u otro aspecto.

Hoy observo un cuestionamiento bien difundido a una noción estrecha de racionalidad económica¹. No todos los motivos para una acción económica son la maximización del ingreso o de la utilidad. También ha habido una reacción en este campo procurando introducir variables o preferencias de tipo sociológico, psicológico, cultural, institucional, etc. La economía ha avanzado mucho en este sentido durante las últimas décadas. Es lo que John Davis (2011) ha denominado “imperialismo inverso de la economía”.

Sin embargo, se sostiene que esa incorporación se ha hecho muchas veces dentro de un esquema unívoco, el de la racionalidad instrumental, mediante una especie de “domesticación” de esos elementos.

La racionalidad instrumental se define como la elección de las acciones que satisfacen mejor los fines u objetivos de un individuo *sea como fuera* que éstos resulten caracterizados. La racionalidad instrumental es una racionalidad de los medios eficientes, y *per se* es completamente agnóstica acerca de la naturaleza de los fines que sirve (Davis, 2003: 27).

Son varios los que piensan que no se gana mucho con la consideración de motivaciones no económicas tradicionales dentro de este marco, y que incluso se pierde por una desnaturalización de la variable incorporada. Amartya Sen, por ejemplo, se queja en los siguientes términos:

El programa de reemplazar la amplitud de nuestros valores y prioridades por una racionalidad instrumental concebida complejamente (...) puede ser un desafío intelectual apasionante, pero no debe verse como el núcleo del comportamiento racional si nuestros valores tienen de hecho la amplitud que este programa trata de excluir (Sen, 2002: 24-25).

Por su parte, Hamish Stewart argumenta en un artículo en *Economics and Philosophy* que un análisis sólo instrumental es incompleto. Explica la inutilidad de la conversión de motivaciones no económicas en preferencias, con el fin de tenerlas en cuenta en un esquema instrumental (Stewart, 1995: 70).

Pero además es imposible pensar sólo en términos instrumentales. La racionalidad instrumental es un pensamiento sólo de “ida” (en el sentido medios-fines), que no razona sobre la meta (los fines) y no considera ni la “vuelta” (fines-medios), ni las posteriores numerosas idas y vueltas propias de la acción humana real. En efecto, la racionalidad instrumental es el camino para ir de los medios a los fines, dados estos últimos. Pero en la vida y acción reales, que incluyen también a la realidad económica, lo más relevante es precisamente la determinación de los fines. Esta es la tarea específicamente humana. Inclusive, la otra tarea, la asignación óptima de medios a fines dados, quizás podría ser mejor desempeñada por una computadora. Joseph Raz (2005) piensa que la racionalidad instrumental es un mito: en realidad hay una sola racionalidad humana que determina conjuntamente fines y medios.

La racionalidad acerca de los fines, o racionalidad práctica, no sigue el esquema medios-fines. Se detiene sólo en la especificación de estos últimos a la luz del fin último que se busque según el plan de

vida personal. Como explica muy bien el filósofo inglés David Wiggins:

En el caso no técnico tendré habitualmente una descripción extremadamente vaga de algo que quiero –una buena vida, una profesión que me satisfaga, un fin de semana interesante, una tarde entretenida– y el problema no será ver (como es en el caso técnico) qué será causalmente eficaz para conseguirlos, sino qué *califica* realmente como una especificación adecuada y realizable de lo que satisfaría ese querer. La deliberación es aún una *zétesis*, una búsqueda, pero no es primariamente una búsqueda de medios. Es la búsqueda de la mejor especificación [de fines]. Hasta que no haya especificación no hay lugar para los medios. Cuando se consigue, puede comenzar la deliberación medios-fines, pero las dificultades que surjan en ésta, me llevarán muchas veces a volver a una especificación del fin mejor o más factible, y todo el interés y dificultad del asunto será la búsqueda de adecuaciones adecuadas, no sus secuelas técnicas en la relación medios-fines (Wiggins, 2002: 225).

El relato de Wiggins es a la vez descriptivo y prescriptivo. Si queremos obrar a conciencia, debemos hacerlo de este modo. En el ámbito de los fines no buscamos medios para alcanzar fines sino actividades que son partes o especificaciones del fin. Los caminos de ida y vuelta a los que se refiere Wiggins quedan excluidos en una economía que sólo piensa según la categoría medios-fines. Como explican Sen o Albert Hirschman, por ejemplo, si no hacemos estos recorridos en los que los fines modifican los medios, nos privamos de datos incluso para una economía eficaz (Sen, 1987 y Hirschman, 1985).

Pongo un ejemplo bien simple. Quiero exportar cualquier producto a un determinado país. El colega que trabaja conmigo averigua cuáles son los trámites y los comienzo a hacer, pero cuando estoy en plena operación me empiezan a pedir comisiones ilegales, algo que no estaba en el instructivo. Mi colega repasa la literatura económica sobre corrupción y me dice que debemos calcular cuál es el margen de corrupción eficiente para seguir adelante². Casualmente lo comento con un amigo quien me hace notar que debo ser un

hombre probo, que no puedo colaborar con la extensión de la corrupción en ese país³. Entonces, reformulo mis fines a la luz del carácter de los medios y decido re-encauzar la exportación hacia el país, aunque el rendimiento esperado sea menor: un acto que sigue siendo económico (una exportación) pero que es económicamente irracional, según una racionalidad económica estrecha (puesto que se gana menos que con la otra opción). Sin embargo, es absolutamente racional desde el punto de vista de la racionalidad práctica, pues quiero ser una “buena persona” también en mi oficio de economista. Esta situación era imprevisible; la probidad era uno de mis fines pero estaba sólo latente. No estaba “activa” en mi mapa de preferencias. El economista dirá: “pero con los datos que yo tenía la solución estaba bien. Ahora, además, lo puedo introducir como preferencia o como *constraint* y le vuelvo a decir qué tiene que hacer”. Pero en tal caso la supuesta maximización se transforma en algo trivial: siempre maximizo.

Por otra parte, la vida real está llena de estos sucesos de ida y vuelta por el cambio de fines. Vamos al supermercado con una lista de compras y comprobamos a la salida que la lista del ticket no coincide con la lista original. Esto puede suceder porque se encontraron mejores medios para satisfacer las preferencias, o porque a la vista de las góndolas, las preferencias cambiaron. Este estudio de los fines es relevante tanto a nivel descriptivo o explicativo –sirve para relatar o explicar qué pasó: hubo o no hubo cambio de preferencias– como a nivel normativo: éstas son mis preferencias y no debería cambiarlas sin una previa reflexión.

La acción humana queda truncada si se considera sólo la mitad relacionada con los medios. Tradicionalmente se ha pensado que la economía se ocupa del campo racional de los medios y la sociología del campo irracional de los fines. Pero las características de unos y otros hacen que sean mutuamente dependientes con una relación compleja y circular. Por todo lo anterior, la economía no se puede desentender de los fines. Como dice Buchanan, se debe reconocer que los hombres pueden elegir cursos de acción que

aparecen en el mismo proceso de elección (Buchanan, 1987: 78). Los fines son dinámicos y también se eligen: no son dados. Algo parecido señaló hace bastantes años Frank Knight. Para él, la limitación de la racionalidad económica como descripción de una conducta deliberada es doble: primero, el fin no está dado, sino que es redefinido en el curso de la misma acción; segundo, un fin dado no es un fin en el sentido de la finalidad (Knight, 1956: 128-9). De todos modos, para Knight los fines son cuestión de la ética, la estética, etc. y deben integrarse en la ciencia social.

¿Por qué la economía no consideró los fines durante tantos años y recién ahora comienza a abrirse a ellos? Por estar inmersa en un encuadre epistemológico que no les da cabida, en el cual se razona por secuencias: en cada una de éstas debo fijar los fines y sólo puedo considerar otros en un razonamiento nuevo. Como afirma Davis (2004: 401), “una razón por la que la racionalidad instrumental ha sido atractiva en economía es que con un único modelo de análisis es posible un mayor grado de determinación lógica y matemática en la explicación económica”. Esto tiene muchas ventajas: es exacto, determinado y constatable y además pone a la economía casi al nivel de las ciencias duras, las más prestigiosas hoy día. Pero como alguien dijo, más vale estar vagamente en lo cierto que precisamente equivocado (Shove, 1942)⁴. No pretendo para nada relajar la disciplina y la exactitud en el ámbito en que se han de exigir. Sólo pretendo señalar que, como bien saben los economistas, sus conclusiones exactas son de aplicación limitada y que no es una debilidad la necesidad de continuar la argumentación añadiendo razonamientos menos estrictos debidos a la falta de información o la naturaleza azarosa del hecho considerado.

En resumen, la primera enseñanza, la de la epistemología, es que la teoría económica, tal como se desarrolla actualmente, sólo analiza una parte del problema. Para evitar que los economistas cometan “falacias de aplicación indebida”⁵, se les debe recordar esto desde pequeños, desde el comienzo de sus estudios de grado. Una introducción a la economía con buena base filosófica junto a

comentarios debidamente intercalados por el resto de los profesores, bastarían para graduar economistas que sean muy buenos técnicos y que no puedan ser acusados de poco realistas, al considerar no sólo la asignación óptima de medios a fines sino también la naturaleza de los fines y su influencia en la acción. Ahora bien, esto supone pensar que hay una racionalidad en los fines y que es cognoscible. También reconocer que mediante esta racionalidad la economía se funde con las otras ciencias sociales, especialmente la política en el sentido clásico. Como decía Adam Smith, “la economía política es una rama de la ciencia del político o legislador” ([1776] 1952: 182). Lo que sin duda supone un cambio de enfoque importante, que puede costar que sea aceptado.

Paso a la segunda enseñanza, la metodológica. Ésta tiene también una base epistemológica. Se trata del problema de la “infradeterminación” de las teorías y los datos, que surge de la invalidez lógica de la derivación de una proposición universal a partir de una inducción enumerativa⁶. La estadística es un ejemplo de inducción enumerativa.

“La complejidad del mundo plantea retos a la razón humana que ésta nunca puede afrontar de una manera plenamente satisfactoria” (Rescher, 1999: 51), incluso en el ámbito de las llamadas ciencias exactas. ¡Cuánto más sucederá en el ámbito de las ciencias humanas en el que irrumpen la libertad y las singularidades de las diversas personas involucradas! Concretamente, los datos que tenemos siempre admiten más de una explicación teórica. Por tanto, nunca podríamos saber con absoluta certeza si la teoría propuesta es la que realmente corresponde a los hechos y si, por tanto, nos va a servir para explicar una situación similar futura o para predecir. Algunos pueden pensar que esto nos sume en un escepticismo o provisionalismo perpetuos. Otros piensan que hay alguna salida. Entre estos últimos, el filósofo norteamericano Charles S. Peirce, dice en la sexta de las *Lecciones sobre el pragmatismo* de 1903:

Considérese la multitud de teorías que habrían podido ser sugeridas. Un físico se topa con un fenómeno nuevo en su

laboratorio. ¿Cómo sabe si las conjunciones de los planetas nada tienen que ver con él o si no es quizás porque la emperatriz viuda de China ha pronunciado por casualidad hace un año, en ese mismo momento, alguna palabra de poder místico, o si estaba presente un genio invisible? Piensen en los trillones de trillones de hipótesis que habrían podido hacerse, de las cuales sólo una es verdadera; y sin embargo, al cabo de dos o tres conjeturas, o a lo sumo una docena, el físico atina muy de cerca con la hipótesis correcta. Por azar no habría sido verosímil que lo hiciera en todo el tiempo que ha transcurrido desde que se solidificó la tierra (Peirce, 1903: 5.172 *apud* Nubiola, disponible en línea).

Para ofrecer una explicación a este “milagro” Peirce acude a un procedimiento llamado abducción o retroducción, una lógica de la formulación de las hipótesis que es instintiva y que se basa en una afinidad peculiar entre nuestra mente y el resto de la naturaleza. Peirce pone un ejemplo:

Como nuestras mentes se han formado bajo la influencia de fenómenos regidos por las leyes de la mecánica, determinadas concepciones que entran en estas leyes quedaron implantadas en nuestras mentes; de ahí que nosotros fácilmente adivinemos cuáles son esas leyes. Sin tal inclinación natural, teniendo que buscar a ciegas una ley que se ajuste a los fenómenos, nuestra probabilidad de encontrarla sería infinitamente pequeña (Peirce, 1903: 6.10, 1891 *apud* Nubiola, disponible en línea).

Es decir, tenemos, según Peirce, una especie de capacidad intuitiva racional que nos permite acertar con las hipótesis correctas. No se trata de algo mágico o de un subjetivismo. Esta “inclinación” se forma no sólo gracias a la naturaleza sino también por la experiencia: el científico con oficio “intuye” “por dónde” viene la solución, cuál es el mejor método a aplicar, y muchas veces “acierta” pronto. De hecho, es la “inclinación” que nos permite suplir la carencia del *link* lógico entre teorías y evidencia empírica. Si no creemos en esta capacidad, debemos conformarnos con la provisionalidad de las teorías, *à la* Popper, que es la tendencia de muchos epistemólogos. No descreen de esta capacidad los econométristas: si lo hicieran, no creerían –como lo hacen– en que vale la pena seguir refinando los

instrumentos, idear mejores técnicas para perfeccionar su capacidad explicativa. Por otra parte, es precisamente la capacidad para integrar los instrumentos a la teoría económica lo que justifica su práctica (Heckman, 2001).

Peirce no está sólo en la creencia en la capacidad intelectual que permite superar por otra vía el problema lógico de la inducción enumerativa. Esa vía es su transformación en una inducción esencial (la que capta y se funda en la esencia o causa descubierta): no necesito abarcar todo el universo de casos posibles para captar la naturaleza o esencia del fenómeno. Para Jaakko Hintikka, por ejemplo, la tarea de la inducción no es una inferencia de los casos particulares para alcanzar una generalización sino un medio para la formación de conceptos. Es una postura aristotélica, estrechamente unida a una concepción metafísica de esencias y causas que, como afirma el mismo epistemólogo finés, está en las antípodas del atomismo metafísico de Hume, responsable del fracaso inductivo (Hintikka, 1992: 34). ¿En qué consiste este problema o fracaso inductivo? Al no hacer ningún reclamo de esencias o causas, la inducción enumerativa sólo se puede “cerrar” cuando se acabe de considerar el universo posible. Esta es la postura de Hume. No conocemos estas entidades metafísicas –esencias y causas– sino que nosotros “ponemos” la causalidad cuando experimentamos la repetición. Al no radicar el fundamento de la generalización o ley en esencias o causas, no hay razón para que un dato nuevo no cambie la ley.

Además de la inducción esencial, el investigador cuenta con el auxilio de una serie de llamados “valores epistémicos” –coherencia, simplicidad, elegancia, plausibilidad, razonabilidad, etc.– que son como criterios que ayudan a aproximarse a la teoría “más verdadera”: la más coherente, explicativa, simple, etc.

Ahora bien, además de infra-determinación de las teorías, también podemos considerar la limitación inversa: las teorías infra-determinan, encasillándolos en clasificaciones teóricas, a los hechos reales. La riqueza de la realidad excede las posibilidades explicativas

de las teorías y a las capacidades descriptivas del lenguaje, más aún del matemático, que capta cantidades pero no cualidades. En la economía, esto es relevante a la hora de considerar los fines, como se veía en las páginas anteriores: las preferencias, que son los fines, no se maximizan sino que se sopesan, se balancean, o incluso se optimizan (en el sentido de elegir lo mejor, como superlativo de bueno). Lo anterior supone el descreimiento del esquema que está detrás de la posibilidad de la aditividad de utilidades. Los fines son heterogéneos (alimentación, amistad, participación democrática, recreación, por nombrar algunos posibles) y no podemos medirlos y sumarlos con una dimensión cuantitativa comparable.

¿Cuáles son las lecciones de estas reflexiones sobre la infra-determinación? Extraigo algunos pasajes de Nicholas Rescher:

La primera [lección] es que la conclusión que deberíamos extraer no es el escepticismo (el decir que no podemos obtener ningún conocimiento provechoso de la realidad), sino más bien el falibilismo: que cualquier información, tal como nosotros podemos obtenerla, es siempre imperfecta y mejorable en algunos aspectos. La segunda es que de nuestros esfuerzos por obtener el conocimiento del mundo no se puede esperar la perfección (...) La tercera lección (...): debemos reconocer que la realidad, como tal, excede el alcance de nuestros esfuerzos imperfectos (Rescher, 1999: 57-58).

Concluye:

La condición epistémica del *homo sapiens* es muy parecida a nuestra condición moral. Estamos destinados en ambos aspectos a lo que es, a lo sumo, una vida de 'esfuerzo y lucha'. Ser un buen indagador, como ser una buena persona, no es un problema soluble y alcanzable completamente sino un desafío y una oportunidad que ofrece la perspectiva de una búsqueda interminable; pero también de una búsqueda cuya recompensa es potencialmente interminable (Rescher, 1999: 59).

Cualquier hipótesis más positiva supone la creencia en la capacidad cognoscitiva abstractiva que nos pondría frente a las esencias y causas reales de los fenómenos. En cualquier caso, esta segunda enseñanza nos dice que la mente humana es limitada, y que por tanto debemos ser modestos en nuestras afirmaciones y cautos en nuestras recomendaciones de política, pues aunque creamos en nuestra capacidad intelectual siempre damos un cierto salto de los datos a la teoría. Para caminar siempre hay que tener un pie en el aire. Esto no es una debilidad propia de la economía: es así para todas las ciencias. La epistemología nos brinda varios criterios epistémicos para acotar el error, sin lograr superar todas las limitaciones (hecho que los economistas reconocen habitualmente). También nos brinda una explicación de esas limitaciones, lo cual representa un buen comienzo para intentar minimizarlas. En fin, pienso que es un buen aporte.

Quiero terminar agradeciendo a Miguel Alfonso el haberme iniciado y acompañado en este camino que satisface la inquietud surgida en largas conversaciones de bachiller adolescente con mi padre, un buen economista: saber más sobre la naturaleza y el alcance de la economía.

Referencias bibliográficas

- Buchanan, J.M. (1987). *Economics. Between Predictive Science and Moral Philosophy*. Texas A&M University Press, Texas.
- Davis, J. (2003). *The Theory of Individual in Economics*. Routledge, Londres.
- Davis, J. (2004). "Collective intentionality, complex economic behavior, and valuation", en Davis, John B., Alain Marciano and Jochen Runde (eds.), *The Elgar Companion to Economics and Philosophy*. Elgar, Cheltenham y Northampton.
- Davis, J. (2011). *Individuals and Identity in Economics*. Cambridge University Press, Cambridge.

- Hayek, F. A. v. (1948). "Economics and Knowledge", en *Individualism and Economic Order*. The University of Chicago Press, Chicago.
- Heckman, J.J. (2001). "Econometrics and empirical economics", *Journal of Econometrics* 100, 3-5.
- Hintikka, J. (1992). "The Concept of Induction", en John Earman (ed.), *Inference, Explanation, and Other Frustrations. Essays in the Philosophy of Science*. University of California Press, Berkeley, Los Angeles, Oxford.
- Hirschman, A. (1990). "Against Parsimony. Three Easy Ways of Complicating some Categories of Economic Discourse", *Economics and Philosophy*, 1, 7-21.
- Knight, F.H. (1956). *On the History and Method of Economics*. University of Chicago Press, Chicago.
- Leontief, W. (1971). "Theoretical Assumptions and Nonobserved Facts", *The American Economic Review*, 61/1, 1-7.
- McMullin, E. (1995). "Underdetermination", *The Journal of Medicine and Philosophy* 20, 233-52.
- Morgenstern, O. (1972). "Thirteen Critical Points in Contemporary Economic Theory: An Interpretation". *Journal of Economic Literature*, 10/4, 1163-1189.
- Nubiola, J. (2001). "La abducción o lógica de la sorpresa", en *Razón y palabra* N°21. http://www.razonypalabra.org.mx/antecedentes/n21/21_jnubiola.html Último acceso: junio 2017.
- Raz, J. (2005). "The Myth of Instrumental Rationality", *Journal of Ethics & Social Philosophy* 1/1, 2-28.
- Rescher, N. (1999). "Razón y realidad: La infradeterminación de las teorías y los datos", en id. *Razón y valores en la Era científico-tecnológica*. Paidós, Barcelona.
- Schenone, O. y S. Gregg (2003). *Una Teoría de la Corrupción*. Acton Institute, Grand Rapids.
- Sen, A. (1987). *On Ethics and Economics*. Basil Blackwell, Oxford y New York.
- Sen, A. (2002). *Rationality and Freedom*. The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge (Mass.) y Londres.

- Shove, G.F. (1942). "The Place of Marshall's Principles in the Development of Economic Theory". *The Economic Journal*, 52/208, 294-329.
- Smith, A. ([1776] 1952). *La riqueza de las Naciones*. FCE, Méjico.
- Stewart, H. (1995). "A Critique of Instrumental Reason in Economics". *Economics and Philosophy* 11, 57-83.
- Wiggins, D. (2002). *Needs, Values, Truth. Third Edition. Amended*. Oxford University Press, Oxford-Nueva York.

¹ Surgen nociones como las de *expressive rationality* (Shaun Hargreaves Heap), *situated rationality* (Tony Lawson), *ecological rationality* (Vernon Smith), *achievement rationality* (Elias Khalil), *background rationality* (Marck Peacock), *constitutive rationality* (Hamish Stewart), por poner algunos ejemplos. En general se tiende a buscar una ampliación del concepto de racionalidad. A esto parecen abocarse diversos programas como el de la *behavioral economics* (Kahneman, Thaler), diversas corrientes experimentales, institucionalistas, evolutivas, la incorporación de motivaciones no estrictamente racionales, altruismo, *happiness*, *collective-rationality*, etc. La aspiración de algunos de éstos es encontrar un concepto que supere la racionalidad instrumental. Otro caso paradigmático y especialmente importante por la dimensión de las corrientes y discusiones que ha originado, es el de Amartya Sen.

² A este respecto, véase por ejemplo el trabajo de Susan Rose-Ackerman, "The Political Economy of Corruption", en *Corruption and the Global Economy*, p. 33, citado por Osvaldo Schenone y Samuel Gregg (2003: 42).

³ Este es un motivo moral, no económico. Pero sin duda influye sobre el acto económico. Podría haber sido psicológico, o sociológico. A la hora de actuar no se pueden satisfacer sólo los fines económicos: deben armonizarse con el resto.

⁴ En la página 323 del artículo atribuye ese *motto* tan citado a Wilson Carr.

⁵ Una falacia es un error lógico. Las hay de diverso tipo. La aplicación indebida hace referencia al uso de un método adecuado a un objeto para estudiar o actuar sobre otro objeto que requeriría un método diferente.

⁶ Sobre lo que se puede consultar algún manual de epistemología o filosofía de las ciencias. Recomendando, por ejemplo, los de Nicholas Rescher (1999) y Ernan McMullin (1995).